

PRIMERA PARTE

REY POR UN DÍA

«En Nueva York, el presente es tan poderoso
que el pasado se pierde.»

JOHN JAY CHAPMAN

1

Ella sólo quería dormir.

El avión había aterrizado con dos horas de retraso y la espera del equipaje había sido maratónica. Después, los del servicio de alquiler de coches se habían hecho un lío y hacía una hora que se había marchado la limusina. Así que ahora estaban esperando un taxi.

De pie en la cola de pasajeros, escorbaba su cuerpo esbelto para equilibrar el peso del ordenador portátil. John seguía hablando atropelladamente de tipos de interés y nuevas formas de reestructurar el acuerdo, pero ella sólo podía pensar: viernes, diez y media de la noche. Quiero ponerme mi pijama y meterme en la cama.

Mientras miraba el torrente infinito de taxis amarillos, algo en el color y el parecido de los coches le hizo pensar en insectos, y se estremeció con aquel mismo hormigueo de repulsión que recordaba de su infancia en las montañas, cuando su hermano y ella encontraban un tejón despanzurrado o revolvió con el pie un nido de hormigas rojas y observaban el húmedo amasijo de cuerpos y patas en movimiento.

T. J. Colfax avanzó trabajosamente cuando el taxi se acercó a la acera y se detuvo con un chirrido.

El taxista abrió el maletero, pero no salió del coche. Tuvieron que meter ellos el equipaje, y John se cabreó. Estaba acostumbrado a que le sirvieran. A Tammie Jean no le importó: de vez en cuando, todavía le sorprendía constatar que tenía una secretaria que se encargaba de mecanografiar y archivar sus documentos. Metió su maleta, cerró el maletero y montó en el taxi.

John subió detrás de ella, cerró la puerta con fuerza y se enjugó la cara carnosa y la ancha frente como si el esfuerzo de guardar su bolsa de viaje en el maletero le hubiera dejado agotado.

—Pare primero en la Setenta y dos Este —masculló dirigiéndose a la mampara divisoria.

—Luego, al Upper West Side —añadió T. J.

La mampara de plexiglás que separaba los asientos de delante de los de atrás estaba tan rayada que apenas veía al conductor.

El taxista se alejó bruscamente de la acera y poco después circulaba a gran velocidad por la autopista en dirección a Manhattan.

—Mira —dijo John—, por eso había tanta gente.

Señaló una valla publicitaria que daba la bienvenida a los asistentes a la Conferencia de Paz de la ONU que empezaba el lunes. La ciudad iba a recibir diez mil visitantes. T. J. miró el cartel: negros, blancos y asiáticos sonriendo y saludando con la mano. Pero había algo raro en la composición: las proporciones y los colores desentonaban, y las caras parecían macilentas.

—Ladrones de cuerpos —masculló.

Avanzaron a toda velocidad por la ancha carretera, que a la luz de las farolas despedía un incómodo fulgor amarillo. Dejaron atrás el astillero viejo y los muelles de Brooklyn.

John se calló por fin, sacó su calculadora y se puso a hacer cuentas. T. J. se recostó en el asiento y miró las aceras humeantes y las caras hurañas de los que se sentaban en las gradas de los portales que daban a la carretera. Parecían semicomatosos con aquel calor.

También hacía calor en el taxi y T. J. tocó el botón para bajar la ventanilla. No le extrañó que no funcionara. Estiró el brazo por encima de John. El de su lado también estaba roto. Fue entonces cuando notó que faltaban los cierres de seguridad.

Y los tiradores de las puertas.

Pasó la mano por la puerta, buscando el abultamiento del tirador. Nada. Era como si alguien lo hubiera cortado con una radial.

—¿Qué pasa? —preguntó John.

—Pues las puertas... ¿Cómo las abrimos?

John estaba mirando a una y a otra cuando dejaron atrás el cartel que indicaba el túnel que conducía al centro.

—¡Eh! —Tocó en la mampara—. Se ha pasado el desvío. ¿Adónde va?

—Puede que vaya a coger el de Queensboro —sugirió T. J.

El trayecto era más largo por el puente, pero así no había que pagar el peaje del túnel. Se echó hacia delante y tocó con su anillo en el plexiglás.

—¿Va a ir por el puente?

El taxista no hizo caso.

—¡Oiga!

Un momento después rebasaron a toda velocidad el desvío de Queensboro.

—Mierda —exclamó John—. ¿Adónde nos está llevando? A Harlem. Apuesto a que va a llevarnos a Harlem.

T. J. miró por la ventanilla. Un coche circulaba junto a ellos, iba adelantándoles lentamente. Aporreó con fuerza la ventanilla.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Por favor!

El conductor del taxi la miró una vez, y luego otra, frunciendo el ceño. Disminuyó la velocidad, pero dando una fuerte sacudida el taxi enfiló la salida a Queens, se metió por un callejón y atravesó a toda velocidad un polígono industrial desierto. Debían de ir a cien por hora.

—Pero ¿qué hace?

T. J. golpeó la mampara.

—¡Frene! ¿Adónde...?

—Ay, Dios mío, no —masculló John—. Mira.

El taxista se había puesto un pasamontañas.

—¿Qué quiere? —gritó T. J.

—¿Dinero? Le daremos dinero.

Del asiento de delante siguió sin llegarles ningún sonido.

T. J. abrió precipitadamente su bolso Targus y sacó su portátil negro. Se echó hacia atrás y golpeó la ventanilla con una esquina del ordenador. El cristal aguantó, pero el ruido pareció dar un susto de muerte al taxista. El taxi viró bruscamente y estuvo a punto de estrellarse contra el muro de ladrillo del edificio por el que estaban pasando a toda velocidad.

—¡Dinero! ¿Cuánto quiere? ¡Puedo darle un montón de dinero! —farfulló John mientras las lágrimas se deslizaban por sus gruesas mejillas.

T. J. volvió a golpear la ventanilla con el ordenador. La pantalla se desprendió por la fuerza del golpe, pero la ventanilla siguió intacta.

Lo intentó de nuevo y el ordenador se partió y se le cayó de las manos.

—Ay, mierda...

Se inclinaron hacia delante con violencia cuando el taxi se detuvo de un frenazo en un callejón sin salida, sucio y oscuro.

El conductor salió del coche con una pequeña pistola en la mano.

—No, por favor —le suplicó ella.

Se acercó a la parte de atrás del coche y se inclinó para mirar por la luna grasienta. Estuvo allí un buen rato mientras John y ella se apartaban, acurrucados contra la puerta contraria, sudorosos y apelotonados.

Se hizo visera con las manos para evitar el resplandor de las farolas y los miró atentamente.

Resonó un súbito estampido y T. J. dio un respingo. John soltó un grito.

A lo lejos, detrás del conductor, el cielo se llenó de intensas ráfagas rojas y azules. Más petardazos y silbidos. El conductor se giró y levantó la vista hacia la enorme araña naranja que se extendía sobre la ciudad.

Fuegos artificiales, recordó T. J., lo había leído en el *Times*. Un regalo del alcalde y del secretario general de la ONU para dar la bienvenida a los delegados de la conferencia a la ciudad más grande del mundo.

El conductor se volvió hacia el taxi. Levantó el tirador con un chasquido y abrió despacio la puerta.

Fue una llamada anónima. Como de costumbre.

Así pues, no había forma de llamar para comprobar a qué descampado se refería el aviso.

—Ha dicho la Treinta y siete cerca de la Once, nada más —había informado la Central por radio.

Los avisos telefónicos rara vez conducían directamente al lugar de un crimen.

Sudando ya a pesar de que eran las nueve de la mañana, Amelia Sachs cruzó un trozo de terreno cubierto de hierbajos. Estaba inspeccionando el terreno mientras avanzaba en forma de ese. Nada. Inclino la cabeza hacia el micrófono que llevaba sujeto a la camisa del uniforme azul marino.

—Aquí la agente cinco, ocho, ocho, cinco. No encuentro nada, Central. ¿Algún dato más?

—Sobre el sitio, no, cinco, ocho, ocho, cinco —contestó el telefonista entre el fuerte chisporroteo de la electricidad estática—. Pero hay una cosa... El que ha llamado ha dicho que esperaba que la víctima estuviera muerta. Cambio.

—Repita, Central.

—La persona que ha llamado ha dicho que esperaba que la víctima estuviera muerta. Por su propio bien. Cambio.

—Cambio y corto.

¿Que confiaba en que la víctima estuviera muerta?

Sachs pasó con esfuerzo por encima de una malla metálica desvenjada e inspeccionó otro solar. Nada.

Tenía ganas de dejarlo. Informar de un 10-90 (denuncia infundada) y volver al Deuce, para hacer su ronda de costumbre. Le dolían las rodillas, era agosto, hacía un tiempo asqueroso y se cocía de calor. Quería irse a la Autoridad Portuaria, pasar un rato con los chicos y tomarse una lata grande de té con hielo. Luego, a las once y media, un par de horas después, vaciaría su taquilla en Midtown-Sur y se iría al cursillo de formación.

Pero no desestimó el aviso, no podía hacerlo. Siguió buscando: por la acera caliente, por el hueco entre dos edificios abandonados, por otro descampado cubierto de maleza.

Metió el largo dedo índice bajo su gorra de plato, entre su abundante cabellera roja, que llevaba recogida hacia arriba. Se rascó compulsivamente, luego volvió a meter el dedo bajo la gorra y se rascó otra vez. El sudor le corría por la frente haciéndole cosquillas y se le metía entre las cejas.

Mis dos últimas horas en la calle, pensaba. Puedo soportarlo.

Mientras se adentraba entre la maleza, esa mañana tuvo por primera vez una sensación de desasosiego.

Alguien me está mirando.

El aire sofocante agitaba los hierbajos secos, y los coches y los camiones entraban y salían con estruendo del túnel Lincoln. Pensó lo que solían pensar los patrulleros de la policía: *En esta dichosa ciudad hay tanto ruido que alguien podría acercarse a mí por la espalda con una navaja y ni siquiera me enteraría.*

O apuntarme con una mira telescópica a la espalda...

Se giró rápidamente.

Nada, excepto hojas, basura y maquinaria oxidada.

Al trepar por un montón de piedras hizo una mueca. Amelia Sachs tenía treinta y un años (sólo treinta y un años, diría su madre) y sufría artritis, heredada de su abuelo tan claramente como había heredado de su madre su figura esbelta y de su padre su buena planta y su oficio

(el pelo rojo era, en cambio, una incógnita). Sintió otra punzada de dolor cuando se abrió paso por una alta cortina de matorrales secos. Tuvo la suerte de detenerse a un paso de un desnivel de nueve metros.

Bajo ella había un barranco de aspecto siniestro, abierto como un tajo en el lecho rocoso del West Side. Por él pasaban las vías de los trenes que iban hacia el norte.

Entornó los ojos mirando el fondo del barranco, no muy lejos de las vías.

¿Qué es eso?

¿Un círculo de tierra removida con una ramita asomando por encima? Parecía una...

Dios mío...

Se estremeció al verlo. Sintió náuseas y una oleada de fuego quemó su piel. Pero logró contener esa pequeña parte de su ser que quería huir de allí y fingir que no lo había visto.

Confiaba en que la víctima estuviera muerta. Por su bien.

Corrió hacia una escalerilla de hierro que bajaba desde la acera a las vías. Alargó el brazo hacia la barandilla, pero se detuvo justo a tiempo. Mierda. El autor del crimen podía haber escapado por allí. Si tocaba la barandilla podía estropear las huellas que hubiera dejado. Vale, lo haremos por las bravas. Respiró hondo para aliviar el dolor de sus articulaciones y comenzó a bajar por la pendiente metiendo los zapatos del uniforme (bruñidos como plata para el primer día de su nuevo destino) en las rendijas de las rocas. Salvó de un salto el último metro hasta el fondo del barranco y corrió hacia la tumba.

—Dios santo.

Lo que sobresalía del suelo no era una rama. Era una mano. El cuerpo estaba enterrado en vertical y la tierra lo cubría por completo hasta justo el antebrazo, de modo que sólo sobresalían la muñeca y la mano. Miró el dedo anular. Le habían arrancado toda la carne y habían vuelto a colocar sobre el hueso desnudo y sanguinolento un anillo de mujer adornado con diamantes.

Sachs se puso de rodillas y comenzó a escarbar.

Mientras sus manos apartaban tierra como haría un perro, reparó en que los dedos que aún conservaban la carne estaban separados entre sí y más estirados de lo normal. Dedujo de ello que la víctima estaba aún viva cuando le habían echado a la cara la última paletada de tierra.

Y tal vez lo estuviera todavía.

Cavó furiosamente en la tierra reseca y suelta, se cortó con un trozo de botella y su sangre oscura se mezcló con la tierra aún más oscura. Entonces llegó al pelo y a la frente que había debajo, de un azul grisáceo, cianótica por falta de oxígeno. Siguió escarbando hasta que vio los ojos sin brillo y la boca torcida en una mueca espantosa... Durante sus últimos segundos de vida, la víctima había intentado mantenerse por encima de la creciente marea de tierra negra.

No era una mujer, a pesar del anillo. Era un hombre grueso de unos cincuenta años. Tan muerto como el suelo en el que estaba enterrado.

Retrocediendo, no fue capaz de apartar los ojos de los del cadáver y estuvo a punto de caer hacia atrás al tropezar con el promontorio de la vía. Durante un minuto no pudo pensar en nada. Salvo en cómo habría sido morir así.

Y luego: *Vamos, bonita. Te has topado con un homicidio y eres agente de policía.*

Sabes qué es lo que hay que hacer.

DREP.

D, de «detener al presunto culpable».

R, de «retener a sospechosos y testigos presenciales».

E, de «evaluar el lugar de los hechos».

P, de...

¿Pe de qué?

Bajó la cabeza hacia el micro.

—Agente cinco, ocho, ocho, cinco a Central, informo: tengo un diez veintinueve junto a las vías del tren, en la Treinta y ocho con la Once. Homicidio. Solicito detectives, técnicos, furgón y médico forense. Cambio.

—Recibido, cinco, ocho, ocho, cinco. ¿El autor del crimen está detenido? Cambio.

—No hay autor.

—Recibido, cinco, ocho, ocho, cinco.

Sachs se quedó mirando el dedo descarnado hasta el hueso. El grotesco anillo. Los ojos. Y la mueca... Ah, esa puta mueca. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Amelia Sachs había nadado entre serpientes en ríos de campamentos de verano y se había jactado sinceramen-

te de que no le importaría hacer *puenting* desde una altura de treinta metros. Pero cuando pensaba en verse encerrada, en estar atrapada, inmovilizada, el pánico la sacudía como una corriente eléctrica. Por eso cuando caminaba, caminaba deprisa, y por eso conducía a la velocidad de la luz.

Cuando te mueves, no pueden atraparte.

Oyó un ruido y ladeó la cabeza.

Un estruendo sordo y grave que iba haciéndose más intenso.

Trozos de papel volaron por el lecho de las vías. A su alrededor giraron remolinos de polvo como fantasmas furiosos.

Luego un lamento bajo...

La patrullera Amelia Sachs, metro setenta y cinco de estatura, se descubrió frente a una locomotora de treinta toneladas cuyo morro de acero rojo, blanco y azul se acercaba con determinación a quince kilómetros por hora.

—¡Alto! —gritó.

El maquinista la ignoró.

Sachs subió de un salto el terraplén de balasto y se plantó en medio de las traviesas, separó las piernas y comenzó a hacer aspavientos indicándole que se detuviera. La locomotora se detuvo chirriando. El maquinista asomó la cabeza por la ventanilla.

—No puede pasar por aquí —dijo Amelia Sachs.

El maquinista le preguntó qué quería decir. Ella pensó que parecía sorprendentemente joven para conducir un tren tan grande.

—Ha habido un crimen. Por favor, apague el motor.

—Señora, yo no veo ningún crimen.

Pero Sachs no le estaba escuchando. Estaba mirando un agujero abierto en la alambrada del lado oeste del viaducto del tren, arriba del todo, cerca de la avenida Once.

El asesino podía haber llevado el cuerpo hasta allí por aquel hueco, sin ser visto: aparcar en la Once y arrastrarlo por el estrecho callejón hasta el barranco. En la Treinta y siete, la calle perpendicular, podían verlo desde las ventanas de una veintena de apartamentos.

—El tren, señor. Déjelo donde está.

—No puedo dejarlo aquí.

—Por favor, apague el motor.

—Los motores de estos trenes no se apagan. Funcionan constantemente.

—Y avise a su central. O a quien sea. Dígales que paren también los trenes en dirección sur.

—No podemos hacer eso.

—Haga lo que le digo, señor. Tengo el número de su vehículo.

—¿De mi vehículo?

—Le sugiero que lo haga inmediatamente —respondió Sachs con aspereza.

—¿Y qué va a hacer, señora? ¿Ponerme una multa?

Pero Amelia Sachs estaba otra vez trepando por la pared de piedra. Sus pobres articulaciones crujían, sentía en los labios un sabor a polvo de caliza, a arcilla y a sudor. Corrió hasta el callejón que había visto desde las vías y giró sobre sí misma, observando la avenida Once y, al otro lado de la calle, el Javits Center. El vestíbulo era un hervidero de gente: prensa y espectadores. Una enorme bandera proclamaba: «¡Bienvenidos, delegados de Naciones Unidas!» Pero esa mañana a primera hora, cuando la calle estaba desierta, al asesino no le habría costado encontrar aparcamiento a este lado de la calle y llevar el cuerpo hasta las vías sin que nadie lo viera. Sachs se acercó a la Once y echó un vistazo a la avenida de seis carriles atestada de tráfico.

Adelante.

Se metió entre el torrente de coches y camiones y detuvo el tráfico de los carriles en dirección norte. Varios conductores intentaron colarse y tuvo que poner dos multas. Finalmente, hizo con varios cubos de basura una barricada en medio de la calle para asegurarse de que las personas de bien cumplían con su deber ciudadano.

Por fin había recordado la última de las normas del protocolo de actuación policial.

P, de «proteger la escena del crimen».

El estrépito airado de los cláxones comenzó a llenar el cielo brumoso de la mañana, y poco después se unieron a él los gritos aún más airados de los conductores. Un rato después oyó sumarse a la algarrabía las sirenas de los primeros vehículos de emergencia.

Cuarenta minutos más tarde pululaban por el lugar del crimen decenas de agentes uniformados e investigadores: muchos más de los necesarios para investigar un homicidio en Hell's Kitchen, por espantosa que fuera la causa de la muerte. Pero Sachs se enteró por otro policía de que se trataba de un caso candente, un bombazo me-

diático: el muerto era uno de los dos pasajeros que habían llegado la noche anterior al aeropuerto JFK y se habían montado en un taxi con rumbo a la ciudad. Nunca habían llegado a sus casas.

—La CNN está mirando —le susurró el policía.

Así que a Amelia Sachs no le sorprendió ver que el rubio Vince Peretti, jefe de la BICF, la Brigada Central de Inspección y Ciencias Forenses, que supervisaba la unidad de investigación forense, pasaba por lo alto del terraplén y se paraba a sacudirse el polvo del traje de mil dólares.

Le sorprendió, en cambio, que se fijara en ella y, con un ademán y una leve sonrisa en su cara impecable, le pidiera que se acercara. Pensó que iba a felicitarla por su numerito de escaladora: *Ha salvado las huellas de esa escalera, chicos*. Quizás incluso la recomendara para una condecoración. En la última hora de su último día como patrullera, saldría envuelta en el fulgor de la gloria.

Peretti la miró de arriba abajo.

—Agente, no es usted una novata, ¿verdad? Imagino que no me equivoco.

—¿Cómo dice, señor?

—No es usted una novata, supongo.

No lo era técnicamente, aunque sólo tenía tres años de servicio a sus espaldas, no como la mayoría de los patrulleros de su edad, que tenían nueve o diez. Ella había pasados unos años yendo de acá para allá antes de entrar en la academia.

—No estoy segura de qué me está preguntando.

Pareció exasperado y su sonrisa se desvaneció.

—¿Ha sido la primera en llegar?

—Sí, señor.

—¿Y por qué ha cortado la avenida Once? ¿Cómo se le ha ocurrido?

Sachs miró por la ancha calle, que seguía cortada por su barrera de cubos de basura. Se había acostumbrado a los pitidos de los coches, pero de pronto se dio cuenta de que sonaban muy alto: la fila de vehículos tenía varios kilómetros de largo.

—Señor, la labor de un agente de policía consiste en detener al presunto culpable, retener a cualquier posible testigo, proteger...

—Conozco el reglamento, agente. ¿Ha cortado la calle para preservar la escena del crimen?

—Sí, señor. Pensé que el culpable no habría aparcado en la calle perpendicular. Podrían haberlo visto muy fácilmente desde esos apartamentos. ¿Los ve? Esos de allí. Me pareció más lógico cortar la Once.

—Pues se equivocó usted. No había huellas de pisadas a ese lado de las vías y sí dos en dirección a la escalerilla que sube a la Treinta y siete.

—También he cortado la Treinta y siete, señor.

—Precisamente. No le quedaban más por cortar. ¿Y el tren?
—añadió—. ¿Por qué lo hizo parar?

—Bien, señor, pensé que el paso de un tren podía alterar las pruebas del delito. O algo.

—¿O algo, agente?

—No me he expresado muy bien, señor. Me refería a que...

—¿Y qué me dice del aeropuerto de Newark?

Miró a su alrededor en busca de ayuda. Había algunos agentes cerca, pero procuraban disimular, haciendo como que no oían la bronca.

—Sí, señor, ¿qué ocurre con Newark?

—¿Por qué no lo ha cerrado también?

Ah, estupendo. Un rapapolvo. Sachs tensó sus labios de Julia Roberts, pero dijo juiciosamente:

—Señor, a mi juicio era probable que...

—También podría haber cerrado la autovía del estado. Y la de Jersey, y la autopista de Long Island. Y la Interestatal Setenta hasta San Luis. Son vías probables de huida.

Sachs bajó la cabeza un poco y se quedó mirando a Peretti. Eran exactamente de la misma altura, pero él llevaba tacones más altos.

—Me han llamado el comisario —prosiguió Peretti—, el jefe de la Autoridad Portuaria, la oficina del secretario general de las Naciones Unidas, el director de esa exposición... —Señaló con la cabeza hacia el Javits Center—. Hemos jodido el horario de la Conferencia de Paz, el discurso de un senador y el tráfico en toda la zona oeste. Las vías del tren estaban a quince metros del cadáver, y la calle que ha cortado, a más de cincuenta metros de distancia y a nueve metros por debajo del nivel de la vía pública. Lo que quiero decir es que ni siquiera el huracán Eva jodió el tráfico ferroviario del corredor noroeste como lo ha jodido usted.

—Pensé que...

Peretti sonrió. Como Sachs era una mujer muy bella (antes de ingresar en la academia, durante aquellos años de «ir de acá para allá», había trabajado regularmente para la agencia de modelos Chantelle, en la Quinta Avenida), el policía había decidido perdonarla.

—Agente Sachs —dijo mirando la placa que ella llevaba en el pecho aplanado por el chaleco antibalas—, tome nota de esta lección: el trabajo forense en la escena de un crimen es una cuestión de equilibrio. Sería estupendo que pudiéramos acordonar toda la ciudad cada vez que hay un homicidio y detener a unos tres millones de personas. Pero no podemos hacerlo. Se lo digo con ánimo constructivo. Para que mejore.

—La verdad, señor —contestó ella con brusquedad—, es que me trasladan de puesto. Hoy era mi último día como patrullera.

Él asintió con la cabeza y sonrió alegremente.

—Entonces, no hay nada más que decir. Pero que conste que parar el tren y cortar la calle fue decisión suya.

—Sí, señor, así es —contestó ella con acritud—. Sobre eso no hay ninguna duda.

Peretti hizo una anotación en su libreta negra manejando impetuosamente su bolígrafo grasiento.

Vamos, por favor...

—Ahora quite esos cubos de basura y dirija el tráfico hasta que la calle esté despejada. ¿Entendido?

Sin decir «Sí, señor», ni «No, señor», ni responder de ningún otro modo, Sachs se dirigió a la avenida Once y comenzó a quitar los cubos de basura parsimoniosamente. Cada conductor que pasaba a su lado la miraba con mala cara o rezongaba algo. Ella miró su reloj.

Falta una hora.

Puedo soportarlo.

2

Con un rápido y vigoroso aleteo, el halcón peregrino se posó en el alféizar de la ventana. Fuera la luz de media mañana deslumbraba y el aire parecía abrasador.

—Ahí estás —susurró el hombre. Luego ladeó la cabeza al oír el zumbido de la puerta de abajo—. ¿Es él? —gritó hacia la escalera—. ¿Es él?

Al no oír respuesta, Lincoln Rhyme volvió de nuevo la vista hacia la ventana. El pájaro giró la cabeza: un movimiento veloz y compulsivo que sin embargo el halcón hacía elegante. Rhyme se fijó en que tenía la garras manchadas de sangre. Un trozo de carne amarillenta colgaba del pico negro y duro. El halcón estiró el cuello corto y se acercó al nido con movimientos que recordaban, más que a un pájaro, a una serpiente. Dejó caer la carne en la boca abierta del polluelo plumoso y azulado. *Estoy viendo*, se dijo Rhyme, *el único ser vivo de la ciudad de Nueva York que no está amenazado por ningún predator. Salvo Dios, quizá.*

Oyó pasos subiendo despacio por la escalera.

—¿Era él? —preguntó a Thom.

—No —contestó el joven.

—¿Quién era, entonces? Ha sonado el timbre, ¿no?

Thom miró hacia la ventana.

—Ha vuelto el pájaro. Mira, hay manchas de sangre en el alféizar. ¿Las ves?

El halcón hembra se dejó ver. Era gris azulado e iridiscente como un pez. Escudriñó el cielo.

—Están siempre juntos. ¿Se emparejan de por vida? —se preguntó Thom en voz alta—. ¿Como los gansos?

Rhyme fijó los ojos en él. Echado hacia delante, doblado por su esbelta y joven cintura, miraba atentamente el nido a través de la ventana manchada de salpicaduras.

—¿Quién era? —repitió Rhyme.

Thom estaba intentando ganar tiempo y eso le exasperaba.

—Una visita.

—¿Una visita? ¡Ja! —Rhyme soltó un bufido.

Intentó recordar cuándo había sido la última vez que había recibido una visita. Debía de hacer tres meses. ¿Quién había sido? Aquel periodista, quizás, o algún primo lejano. Bueno, en realidad Peter Taylor, uno de sus médicos especialistas en médula espinal. Y Blaine también se había pasado por allí un par de veces. Pero ella no era una visita, claro.

—Aquí hace un frío que pela —se quejó Thom. Su reacción fue abrir la ventana. Gratificación inmediata. Cosas de la juventud.

—No abras la ventana —ordenó Rhyme—. Y dime quién diablos ha venido.

—Hace un frío que pela.

—Vas a asustar al pájaro. Puedes bajar el aire acondicionado. O mejor lo bajo yo.

—Nosotros llegamos primero —repuso Thom, levantando la enorme hoja de la ventana—. Cuando se instalaron, ya sabían que estabas aquí.

Los halcones lanzaron una mirada feroz hacia el lugar del ruido. Claro que su mirada siempre era feroz. Se quedaron en el alféizar, desde el que dominaban su territorio de ginkgos raquíuticos y plazas de aparcamiento.

—¿Quién es? —repitió Rhyme.

—Lon Sellitto.

—¿Lon?

¿Qué hacía Sellitto allí?

Thom echó una ojeada a la habitación.

—Esto está hecho un asco.

A Rhyme no le gustaban los zafarranchos de limpieza. Detestaba su ajetreo, y el ruido de la aspiradora le resultaba especialmente molesto. Se sentía a gusto allí, tal y como estaba. Aquella habitación, que él llamaba su despacho, estaba en la primera planta de su casa de estilo neogótico en el Upper West Side, frente a Central Park. Era grande, de seis por seis metros, y estaba abarrotada prácticamente hasta el último palmo. A veces se entretenía con un juego: cerraba los ojos e intentaba detectar el olor de los distintos objetos que ocupaban la habitación: el de los miles de revistas y

libros, el de las fotocopias amontonadas formando torres de Pisa, el de los circuitos recalentados del televisor, el de las bombillas cubiertas de polvo, el de los tablonces de corcho. Vinilo, peróxido, látex, tapicería...

Tres clases distintas de whisky escocés de malta.

Excrementos de halcón.

—No quiero verlo. Dile que estoy ocupado.

—Y un policía joven, Ernie Banks. No, ése era un jugador de béisbol, ¿verdad? En serio, deberías dejarme limpiar esto. Nunca nota uno lo sucio que está todo hasta que viene alguien a presentar sus respetos.

—¿A presentar sus respetos? Qué bonito ha sonado eso. Muy victoriano. A ver cómo te suena esto: diles que se larguen por donde han venido. ¿Te parece adecuado a tu estilo decimonónico?

Un asco...

Thom estaba hablando de la habitación, pero Rhyme supuso que también se refería a su jefe.

El pelo de Rhyme seguía siendo negro y abundante como el de un veinteañero a pesar de tener el doble de esa edad, pero lo tenía agreste y enmarañado, y le hacía falta un lavado y un buen corte. Comenzaba a crecerle una barba negra que daba a su cara un aspecto sucio después de tres días sin afeitarse, y se había despertado con un cosquilleo incesante en la oreja, lo que significaba que también había que cortar esos pelos. Tenía largas las uñas de los pies y las manos, y llevaba la misma ropa desde hacía una semana: un horrendo pijama de puntos. Sus ojos eran estrechos y marrones oscuros y era muy guapo de cara (Blaine se lo había dicho muchas veces, en momentos de pasión y en otros que no lo habían sido tanto).

—Quieren hablar contigo —prosiguió Thom—. Dicen que es importante.

—Pues peor para ellos.

—Hace casi un año que no ves a Lon.

—¿Y por eso tiene que apetecerme verlo ahora? ¿Has asustado al pájaro? Voy a cabrearme si lo has asustado.

—Es importante, Lincoln.

—Muy importante, creo que has dicho. ¿Dónde está ese doctor? Puede que haya llamado. Antes me he quedado dormido. Y tú estabas fuera.

—Llevas despierto desde las seis de la mañana.

—No. —Hizo una pausa—. Me desperté, sí, pero luego me quedé dormido otra vez. Estaba como un tronco. ¿Has mirado los mensajes?

—Sí —contestó Thom—. No hay ninguno suyo.

—Dijo que estaría aquí a media mañana.

—Y son las once pasadas. Creo que todavía es pronto para denunciar su desaparición. ¿No te parece?

—¿Has estado hablando por teléfono? —preguntó Rhyme bruscamente—. Puede que haya llamado mientras estabas comunicando.

—Estaba hablando con...

—¿He dicho yo algo? —preguntó Rhyme—. Ahora te enfadas. Yo no he dicho que no puedas hablar por teléfono. Puedes hacerlo. Siempre has podido. Lo que intento decir es que puede que haya llamado mientras la línea estaba ocupada.

—No, lo que intentas esta mañana es amargarme la vida.

—Tienes mucha razón. ¿Sabes?, existe una cosa que llaman «llamada en espera». Así se pueden recibir dos llamadas a la vez. Me gustaría tenerla. ¿Qué es lo que quiere mi viejo amigo Lon? ¿Y su amigo el jugador de béisbol?

—Pregúntaselo tú mismo.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Quieren verte, es lo único que sé.

—Por algo muuuy importante.

Thom suspiró.

—Lincoln... —El joven, rubio y guapo, se pasó una mano por el pelo. Llevaba pantalones de color marrón y camisa blanca con una corbata azul de flores impecablemente anudada. Hacía un año, al contratar a Thom, Rhyme le había dicho que podía llevar vaqueros y camisetas si quería. Pero Thom se había vestido impecablemente desde el primer día. Rhyme ignoraba por qué eso contribuía a que lo mantuviera a su servicio, pero así era. Ninguno de sus predecesores había durado más de mes y medio. El número de los que se habían ido motu proprio era exactamente igual al de aquellos a los que había puesto en la calle.

—Está bien, ¿qué les has dicho?

—Resumiendo: que me dieran unos minutos para asegurarme de que estabas presentable y que luego subieran. Sólo un momento.

—Conque eso has hecho. Sin preguntarme. Muchísimas gracias. Thom retrocedió unos pasos y gritó por la estrecha escalera, hacia la planta de abajo:

—Adelante, caballeros.

—Te han dicho algo, ¿verdad? —preguntó Rhyme—. Y te lo estás callando.

Thom no contestó y Rhyme vio acercarse a los dos hombres. Cuando entraron en la habitación, fue él quien habló primero. Le dijo a Thom:

—Corre la cortina. Ya has molestado bastante a los pájaros.

Lo que en realidad venía a decir únicamente que estaba harto del reverbero del sol.

Muda.

Con la cinta aislante sucia y pegajosa tapándole la boca, no podía decir ni una palabra, y eso la hacía sentirse aún más indefensa que las esposas metálicas que apretaban con fuerza sus muñecas. Y que la presión de los dedos de él, cortos y fuertes, sobre su brazo.

El taxista, con el pasamontañas todavía puesto, la condujo por un pasillo sucio y mugriento, flanqueado por conductos y tuberías. Estaban en el sótano de un edificio de oficinas. Ignoraba dónde.

Si pudiera hablar con él...

T. J. Colfax era un hacha, la mayor zorra de la tercera planta de Morgan Stanley. Una negociadora nata.

¿Dinero? ¿Quieres dinero? Te lo conseguiré a montones, chaval. A paletadas. Lo pensó una docena de veces mientras intentaba atraer su mirada, como si pudiera meterle aquello en la cabeza a fuerza de repetir las palabras.

Por favoooooor, suplicó en silencio, y comenzó a pensar en el protocolo de retirada de efectivo de su plan de ahorro y en darle todo su fondo de pensiones. *Ay, por favor...*

Se acordó de la noche anterior: el hombre volviéndose después de mirar los fuegos artificiales, sacándolos a rastras del coche, espasándolos. Los había arrojado al maletero y luego continuaron dando vueltas en el coche. Primero por calles adoquinadas y con el asfalto roto; luego, por carreteras lisas y después otra vez por terreno lleno de baches. Por fin el taxi se había detenido y el conductor había sa-

lido y parecía haber abierto una verja o unas puertas. Había entrado en un garaje, pensó T. J. Los ruidos de la ciudad se apagaron de pronto y el borbotoneo del tubo de escape del coche aumentó de volumen, retumbando en una habitación estrecha.

Después el maletero se abrió y el hombre la hizo salir. Le arrancó el anillo de diamantes del dedo y se lo guardó en el bolsillo. La condujo a lo largo de paredes llenas de caras horripilantes (un carnicero, un demonio, tres niños de expresión patética), pintadas sobre el yeso desconchado. La llevó a rastras hasta un sótano mohoso y la arrojó al suelo. Después volvió a subir haciendo ruido, y la dejó en la oscuridad, rodeada por un olor repugnante a carne podrida y a basura. Allí había pasado horas tendida, durmiendo a ratos, llorando mucho. Se había despertado bruscamente al oír un ruido fuerte. Una explosión, muy cerca. Luego había vuelto a caer en un sueño espasmódico.

Hacía una media hora, él había vuelto a buscarla. La había vuelto a introducir en el maletero y habían pasado veinte minutos en el coche. Hasta llegar allí. Dondequiera que fuese «allí».

Entraron en un sótano oscuro. En medio había una gruesa tubería negra. El taxista la sujetó a ella con las esposas y luego la agarró de los pies y tiró de ellos para sentarla. Se agachó y le ató los pies con cuerda fina. Tardó varios minutos: llevaba guantes de piel. Luego se levantó y se quedó mirándola un rato, se inclinó y le abrió la blusa de un tirón. Se colocó tras ella y T. J. contuvo un gemido al sentir sus manos sobre los hombros, palpando sus omóplatos.

Lloró, y aunque estaba amordazada con cinta aislante, le suplicó. Sabía lo que iba a suceder.

Sus manos bajaron, recorrieron sus brazos, se metieron bajo ellos y la rodearon. Pero no tocaron sus pechos. No: al deslizarse por su piel como arañas, parecieron buscar sus costillas. Las palpó y las acarició. T. J. se estremeció e intentó apartarse. Él la sujetó con fuerza y siguió acariciándola, apretando con fuerza para sentir cómo cedían los huesos.

Luego se levantó. T. J. oyó pasos que se alejaban. Hubo un largo silencio, roto sólo por los ruidos de las máquinas de aire acondicionado y los ascensores. Después, gritó asustada por algo tras ella. Un ruido repetitivo. Ssssh. Ssssh. Un ruido que conocía muy bien y que sin embargo no lograba identificar. Intentó volverse para ver qué es-

taba haciendo él, pero no pudo. ¿Qué era aquello? Aquel sonido rítmico, repetido una y otra vez, la retrotrajo a la casa de su madre.

Ssssh. Ssssh.

Sábado por la mañana en el bungalow de Bedford, Tennessee, el único día en que libraba su madre y que solía dedicar casi por entero a las faenas domésticas. T. J. se despertaba cuando el sol ya calentaba de lo lindo y bajaba a trompicones para ayudarla. Ssssh. Mientras lloraba recordando aquello sin dejar de oír aquel sonido, se preguntó por qué demonios el hombre estaba barriendo el suelo con tanto esmero y por qué eran tan precisas las pasadas del cepillo.

Vio sorpresa y malestar en sus caras.

Lo cual no es muy común entre los policías de homicidios de Nueva York.

Lon Sellitto y el joven Banks (Jerry, no Ernie) se sentaron donde Rhyme les indicó con un gesto de su hirsuta cabeza: dos incómodas y polvorientas sillas de ratán.

Había cambiado considerablemente desde la última visita de Sellitto, y el detective disimuló mal su perplejidad. Banks no tenía puntos de referencia para juzgar lo que estaba viendo, pero él también parecía impresionado. La habitación desordenada, el hombre que los miraba con recelo. El olor, sin duda: el aroma visceral que rodeaba a la criatura en la que se había convertido Lincoln Rhyme.

Lamentó enormemente haberles dejado subir.

—¿Por qué no has llamado primero, Lon?

—Porque nos habrías dicho que no viniéramos.

Cierto.

Thom subió las escaleras, pero Rhyme se le adelantó:

—No, Thom, no vamos a necesitarte.

Se había acordado de que el joven siempre preguntaba a las visitas si querían algo de beber o comer.

El jodido buen anfitrión.

Se hizo un momento de silencio. Sellitto, un veterano con dos décadas de servicio a sus espaldas, grandullón y desaliñado, miró una caja que había junto a la cama y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se quedó callado al ver los pañales desechables para adultos.

—He leído su libro, señor —comentó Jerry Banks.

El joven tenía mala mano para afeitarse: se había hecho un montón de cortes. ¡Y qué encantador, su pelo! Parecía que se lo había lamido una vaca. Santo cielo, no puede tener más de doce años. *Cuanto más se desgasta el mundo, reflexionó Rhyme, más jóvenes parecen sus habitantes.*

—¿Cuál de ellos?

—Bueno, el manual de técnicas de criminalística, claro. Pero me refería al de fotos. El que salió hace un par de años.

—No sólo tiene fotos. Es casi todo texto, en realidad. ¿También leyó lo que ponía?

—Bueno, sí, claro —se apresuró a contestar Banks.

Junto a una pared de la habitación había un montón de ejemplares de *Los escenarios del delito*.

—No sabía que Lon y usted fueran amigos —añadió Jerry.

—Ah, ¿Lon no te ha sacado el anuario? ¿No te ha enseñado las fotografías? ¿No se ha arremangado para enseñarte sus cicatrices, ni te ha dicho: «éstas me las hice con Lincoln Rhyme»?

Sellitto no sonreía. *Pues si quiere puedo darle aún menos motivos para reír.* Lon estaba hurgando en su maletín. *¿Qué tendrá ahí dentro?*

—¿Cuánto tiempo estuvieron emparejados? —preguntó Banks por conversar.

—«Emparejados», bonita palabreja —repuso Rhyme, y se quedó mirando el reloj.

—No éramos compañeros —dijo Sellitto—. Yo estaba en Homicidios y él dirigía la BICF.

—Ah —dijo Banks, aún más impresionado. El de director de la Brigada Central de Investigación y Ciencias Forenses era uno de los puestos más prestigiosos dentro del Departamento de Policía.

—Sí —dijo Rhyme mirando por la ventana como si el médico fuera a llegar transportado por un halcón—. Los dos mosqueteros.

—Trabajamos juntos siete años, intermitentemente —agregó Sellitto con un tono que enfureció a Rhyme.

—Qué tiempos tan felices —comentó con sorna el anfitrión.

Thom arrugó el ceño, pero Sellitto no se percató de su ironía. O más bien prefirió ignorarla.

—Tenemos un problema, Lincoln —anunció—. Necesitamos un poco de ayuda.

Zas. El montón de papeles aterrizó sobre la mesilla de noche.

—¿Un poco de ayuda? —Su risa surgió como un estallido de la estrecha nariz que Blaine siempre había sospechado que era producto del sueño de un cirujano plástico, aunque no lo era. Sus labios también le parecían demasiado perfectos. (Añádeles una cicatriz, le había dicho una vez en broma, y eso había estado a punto de hacer durante una de sus peleas.) ¿Y por qué demonios, se preguntó, hoy no paraba de pensar en su voluptuosa presencia? Se había despertado pensando en su ex y se había sentido impelido a escribirle una carta que en ese momento estaba en la pantalla del ordenador. Guardó el documento. El silencio se hizo en la habitación mientras manejaba el ordenador con un solo dedo.

—¿Lincoln? —preguntó Sellitto.

—Sí, señor. Un poco de ayuda. Mía. Ya te he oído.

Banks siguió sonriendo tontamente mientras removía inquieto el trasero sobre la silla.

—Estoy esperando a una persona, llegará en cualquier momento —dijo Rhyme.

—Tienes una cita.

—Con un médico.

—¿De veras? —terció Banks, seguramente para matar el silencio que se cernía de nuevo sobre ellos.

Sellitto, que no parecía saber adónde les conducía la conversación, preguntó:

—¿Y cómo estás?

No le habían preguntado por su salud al llegar. Era una cuestión que la gente solía evitar cuando veía a Lincoln Rhyme. Corrían el riesgo de que la respuesta fuera demasiado complicada, y casi seguro desagradable.

—Bien, gracias —contestó con sencillez—. ¿Y tú? ¿Qué tal Betty?

—Nos hemos divorciado —contestó Sellitto rápidamente.

—¿En serio?

—Ella se quedó con la casa y yo con medio hijo. —El corpulento policía habló con forzada jovialidad, como si no fuera la primera vez que usaba aquel chiste, y Rhyme dedujo que detrás de la ruptura había una historia dolorosa. Una historia que no tenía deseos de oír. Aun así, no le sorprendió que su matrimonio se hubiera ido a pique. Sellitto vivía para su trabajo. Era uno de los ciento y pico detectives de primer grado del cuerpo, lo era desde hacía años, desde la época en que los

ascensos se daban por méritos, no por tiempo de servicio. Trabajaba casi ochenta horas a la semana. Llevaban ya varios meses trabajando juntos cuando Rhyme se había enterado de que estaba casado.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó, confiando en que una pregunta cortés les sacara del apuro y volviera a encarrilar la conversación.

—En Brooklyn Heights. A veces voy andando a trabajar. ¿Te acuerdas de que siempre estaba a dieta? Pues el truco no es la dieta, es hacer ejercicio.

No parecía ni más gordo ni más delgado que tres años y medio antes. Ni que quince años antes, en realidad.

—Bueno —dijo Banks educadamente—, un médico, decía usted. ¿Para un...?

—¿Para un tratamiento nuevo? —concluyó Rhyme por él—. Exactamente.

—Le deseo buena suerte.

—Cuánto te lo agradezco.

Eran las 11:36. Casi mediodía. La impuntualidad era un defecto imperdonable en un médico.

Vio que Banks observaba sus piernas. Sorprendió al jovencito granujiento mirándole una segunda vez y no le extrañó ver que se sonrojaba.

—Bien —dijo—, me temo que no tengo tiempo para ayudarlos.

—Pero no ha llegado aún, ¿no? El médico, quiero decir —replicó Lon Sellitto en el mismo tono blindado que utilizaba para desmontar las coartadas de los sospechosos de homicidios.

Thom apareció en la puerta con una cafetera.

Capullo, vocalizó Rhyme moviendo los labios sin emitir sonido.

—Lincoln ha olvidado ofrecerles algo, caballeros.

—Thom me trata como a un niño.

—¿Por qué será? —replicó su asistente.

—Muy bien —añadió Rhyme con aspereza—, que se tomen un café. Yo tomaré un reconstituyente.

—Es demasiado temprano —dijo Thom—. El bar no está abierto todavía —añadió sin hacer caso de la cara de enfado de su jefe.

Banks recorrió de nuevo el cuerpo de Rhyme con la mirada. Quizás esperaba que fuera sólo huesos y pellejo. Pero el atrofiaamiento se había detenido poco después del accidente y su primer fisioterapeuta lo había dejado agotado a fuerza de ejercicio. Thom también era un

fisioterapeuta estupendo, aunque a veces fuera un capullo y otras una gallina clueca. Todos los días le sometía a una sesión de ejercicios de movilidad articular pasiva. Tomaba nota cuidadosa de la goniometría articular (el rango de movilidad de cada articulación de su cuerpo), comprobaba meticulosamente la espasticidad mientras sometía sus brazos y piernas a un ciclo constante de abducción y aducción. Los ejercicios de movilidad articular no obraban milagros, pero procuraban cierto tono muscular, reducían las contracturas debilitantes y mantenían la sangre en circulación. Para hacer tres años que sus movimientos musculares se limitaban a hombros, cabeza y dedo anular izquierdo, Lincoln Rhyme no estaba en tan mala forma.

El joven detective desvió la vista del complicado mando a distancia situado junto al dedo de Rhyme y conectado a otro controlador del que salían un tubo y varios cables, conectados a su vez al ordenador y a un panel colgado en la pared.

La vida de un tetrapléjico son los cables, le había dicho un fisioterapeuta hacía mucho tiempo. La de los ricos, al menos. La de los afortunados.

—Esta mañana a primera hora hubo un asesinato en el West Side —anunció Sellitto.

—Este último mes se ha informado de la desaparición de varios indigentes, hombres y mujeres —añadió Banks—. Al principio pensamos que podía ser uno de ellos. Pero no —dijo dramáticamente—. La víctima era uno de los de anoche.

Rhyme fijó una mirada perpleja en la cara salpicada de acné del policía.

—¿Uno de los de anoche?

—Lincoln no ve las noticias —les informó Thom—. No se ha enterado del secuestro, si se refieren a eso.

—¿No ves las noticias? —Sellitto soltó una carcajada—. Pero si antes leías cuatro periódicos al día y grababas las noticias locales para verlas cuando llegabas a casa. Blaine me dijo que una noche la llamaste como esa presentadora, Katie Couric, cuando estabais haciendo el amor.

—Ahora sólo leo literatura —contestó Rhyme pomposamente, mintiendo.

—La literatura son noticias que siguen siendo noticia —sentenció Thom.

Rhyme no le hizo caso.

—Un hombre y una mujer que volvían de un viaje de negocios —explicó Sellitto—. Tomaron un taxi en el JFK. Y no llegaron a casa.

—Hubo un aviso a eso de las once y media. El taxi iba circulando por la autopista de Brooklyn-Queens, a la altura de Queens. En el asiento trasero iban un hombre y una mujer blancos. Por lo visto estaban intentando romper una ventanilla, golpeando el cristal. Nadie se fijó en la matrícula ni en la licencia del taxi.

—El testigo, el que vio el taxi... ¿Pudo ver al conductor?

—No.

—¿Y la mujer?

—No ha aparecido.

Las 11:41. Rhyme estaba furioso con el doctor William Berger.

—Feo asunto —masculló distraídamente.

Sellitto exhaló un largo y sonoro suspiro.

—Adelante, adelante —los instó Rhyme.

—Tenía puesto el anillo de la mujer —observó Banks.

—¿Quién?

—La víctima. Lo encontraron esta mañana. Llevaba el anillo de la mujer. De la otra pasajera.

—¿Seguro que es de la mujer?

—Tiene grabadas sus iniciales.

—Así que es un SNI —continuó Rhyme— que quiere que sepáis que tiene a la mujer y que todavía está viva.

—¿Qué es un SNI? —preguntó Thom.

En vista de que Rhyme no respondía, Sellitto se lo aclaró:

—Un sujeto no identificado.

—Pero ¿sabe cómo consiguió que le entrara el anillo? —preguntó Banks, con los ojos un poco demasiado desorbitados para el gusto de Rhyme.

—Me rindo.

—Le descarnó el dedo. Entero. Hasta el hueso.

Rhyme esbozó una sonrisa.

—Ah, es listo, ¿eh?

—¿Por qué?

—Así se aseguró de que nadie se llevaría el anillo al pasar por allí. Estaba manchado de sangre, ¿verdad?

—Hecho un asco.

—Costaría verlo, en principio. Y luego el riesgo de contraer el sida, la hepatitis... Mucha gente pasaría de ese trofeo, aunque lo viera. ¿Cómo se llama la mujer, Lon?

El detective inclinó la cabeza mirando a su compañero, que abrió su libreta.

—Tammie Jean Colfax. La llaman T. J. Veintiocho años. Trabaja en Morgan Stanley.

Rhyme se fijó en que Banks también llevaba un anillo. Un anillo de alguna universidad. El chaval era demasiado fino para haber estudiado sólo el bachillerato y luego en la academia de policía. Además, no tenía pinta de militar. No le habría extrañado que el anillo llevara el emblema de Yale. ¿Un detective de homicidios? ¿Dónde iremos a parar?

El joven policía agarró la taza de café con las dos manos, temblorosas por momentos. Con un gesto minúsculo del dedo anular, Rhyme tocó el mando a distancia Everest & Jennings sujeto a su mano izquierda y, pulsando distintos botones, bajó el aire acondicionado. No solía perder el tiempo regulando la calefacción y el aire acondicionado; reservaba sus fuerzas para cosas más necesarias, como la luz, el ordenador o el dispositivo de lectura que volvía las páginas de los libros. Pero cuando la habitación se enfriaba demasiado empezaba a moquear. Y eso es una putada para un tetrapléjico.

—¿El secuestrador no ha enviado ninguna nota? —preguntó Rhyme.

—No, nada.

—¿Estás al frente del caso? —le preguntó a Sellitto.

—Sí, a las órdenes de Jim Polling. Y queremos que revise el informe de criminalística.

Otra risa.

—¿Yo? Hace tres años que no miro un informe de criminalística. ¿Qué voy a decirte?

—Podrías decirnos montones de cosas, Linc.

—¿Quién dirige ahora la BICF?

—Vince Peretti.

—El hijo del congresista —recordó Rhyme—. Que lo revise él. Una vacilación momentánea.

—Preferimos que lo hagas tú.

—¿Quiénes?

—El jefe Wilson. Y yo.

—¿Y qué opina el capitán Peretti de vuestro voto de desconfianza? —preguntó sonriendo como una colegiala.

Sellitto se levantó y empezó a pasearse por la habitación mirando los montones de revistas. La *Revista de Ciencias Forenses*. El catálogo de Harding & Boyle, una empresa de material científico. El *Anuario de Investigación Forense de New Scotland Yard*. El boletín del Colegio Nacional de Patólogos Forenses. Los *Anales de la Sociedad Nacional de Directores de Laboratorios de Criminalística*. Ciencias Forenses, de CRC Press. La *Revista del Instituto Internacional de Ciencias Forenses*...

—Échales un vistazo —sugirió Rhyme—. Las suscripciones vencieron hace siglos. Y están llenas de polvo.

—Joder, Linc, aquí todo está lleno de polvo. ¿Por qué no mueves el culo y limpias esta pocilga?

Banks pareció horrorizado. Rhyme sofocó una carcajada. Había bajado la guardia y su enfado se había disuelto, convertido en buen humor. Lamentó fugazmente que Sellitto y él se hubieran distanciado. Luego cortó de raíz aquella emoción.

—No puedo ayudarte —masculló—. Lo siento.

—La Conferencia de Paz empieza el lunes y...

—¿Qué conferencia?

—La de la ONU. Embajadores, jefes de Estado... Asistirán diez mil personas. ¿Te has enterado de ese rollo que pasó en Londres hace dos días?

—¿Qué rollo? —repitió cáusticamente.

—Alguien intentó hacer estallar una bomba en el hotel donde se celebraba una conferencia de la UNESCO. Al alcalde le da pánico que haya un atentado aquí, en la Conferencia de Paz. No quiere titulares desagradables en el *Post*.

—Y está el pequeño problema —comentó Rhyme con acritud— de que tal vez a la señorita Tammie Jean tampoco le esté gustando su viaje de vuelta a casa.

—Jerry, cuéntale algunos detalles. Ábrele el apetito.

Banks dejó de mirar las piernas de Rhyme para mirar su cama, que era (a Rhyme no le costaba ningún trabajo reconocerlo) mucho más interesante que él. Sobre todo, el panel de control. Parecía sacada de un transbordador espacial y costaba casi lo mismo.

—Diez horas después del secuestro encontramos al pasajero, John Ulbrecht. Le habían disparado y enterrado vivo en las vías del tren, cerca de la Treinta y siete con la Once. Bueno, nosotros lo encontramos muerto. Lo habían enterrado vivo. La bala era del calibre treinta y dos. —Banks levantó la vista y añadió—: El equivalente a un Honda Accord en cuestión de munición.

O sea, que no había armamento exótico del que sacar conclusiones ingeniosas respecto al autor material. El tal Banks parece listo, pensó Rhyme. Su único defecto es la juventud, que tal vez supere o tal vez no. Lincoln Rhyme creía de sí mismo que nunca había sido joven.

—¿El estriado del cañón? —preguntó.

—Seis estrías y ranuras con paso a la izquierda.

—Así que se ha agenciado un Colt —comentó, y miró de nuevo el diagrama de las pruebas halladas en la escena del crimen.

—Habla usted en singular —continuó el joven detective—. En realidad habría que hablar en plural.

—¿Qué?

—Sujetos no identificados. Son dos. Hay dos pares de pisadas entre la tumba y la base de la escalerilla de hierro que sube a la calle —dijo Banks señalando el diagrama.

—¿Había huellas en la escalerilla?

—No. La habían limpiado. Y muy bien. Las pisadas llevaban a la tumba y de vuelta a la escalerilla. Y de todos modos hacían falta dos para cargar con la víctima. Pesaba más de noventa kilos. Uno solo no podría haberlo hecho.

—Continúa.

—Le llevaron hasta la tumba, le metieron en ella, le pegaron un tiro y le enterraron, volvieron a la escalerilla, subieron por ella y desaparecieron.

—¿Le dispararon estando en la tumba? —inquirió Rhyme.

—Sí. No había ni rastro de sangre alrededor de la escalerilla, ni camino de la tumba.

Rhyme se sorprendió levemente interesado. Pero preguntó:

—¿Para qué me necesitáis?

Sellitto sonrió enseñando sus dientes amarillos y estropeados.

—Tenemos un misterio, Linc. Un montón de pruebas materiales sin pies ni cabeza.

—¿Y qué?

Era rara la escena del crimen en la que todas las pruebas materiales tenían una explicación.

—No, esto es raro de verdad. Lee el informe, por favor. Te lo dejo aquí. ¿Cómo funciona este chisme? —Sellitto miró a Thom, que encajó el informe en el dispositivo de lectura.

—No tengo tiempo, Lon —protestó Rhyme.

—Menudo invento —comentó Banks mientras examinaba el atril. Rhyme no respondió. Miró la primera página y a continuación la leyó cuidadosamente. Movi6 el dedo anular un mil6metro a la izquierda y una varilla de goma volvi6 la p6gina.

Sigui6 leyendo. *Vaya, s6 que es raro*, pens6.

—¿Qui6n dirigi6 la inspecci6n ocular?

—Peretti en persona. Cuando se enter6 de que la v6ctima era uno de los pasajeros del taxi, fue a hacerse cargo de la situaci6n.

Rhyme continu6 leyendo. Durante un minuto, aquella jerga policial carente de imaginaci6n logr6 atrapar su inter6s. Luego son6 el timbre y se le aceler6 el coraz6n. Mir6 a Thom. Su fr6a mirada dejaba claro que se hab6an acabado las bromas. Su asistente asinti6 con una inclinaci6n de cabeza y baj6 enseguida.

Los taxistas, las pruebas materiales y los banqueros secuestrados se esfumaron de pronto de la mente incansable de Lincoln Rhyme.

—Es el doctor Berger —anunci6 Thom por el interfono.

Por fin. ¡Por fin!

—Bien, lo siento, Lon. Voy a tener que pedirlos que os march6is. Me alegro de volver a verte. —Una sonrisa—. Un caso interesante.

Sellitto dud6. Luego se levant6.

—Pero ¿leer6s el informe completo, Lincoln? ¿Nos dir6s qu6 opinas?

—Claro —contest6 Rhyme, y recost6 la cabeza contra la almohada.

Los tetrapl6jicos como 6l, con pleno control de la cabeza y el cuello, pod6an activar una docena de controles sirvi6ndose 6nicamente de movimientos tridimensionales de la cabeza. Pero Rhyme rechazaba los reposacabezas. Le quedaban tan pocos placeres sensoriales que no estaba dispuesto a renunciar a la comodidad de apoyar la cabeza en su almohada de plum6n de doscientos d6lares. La visita lo hab6a agotado. Ni siquiera era mediod6a y ya s6lo quer6a dormir. Los m6sculos del cuello le palpitaban, doloridos.

—Espera, Lon —dijo cuando Sellitto y Banks estaban ya en la puerta.

El detective se volvió.

—Hay algo que deberías saber. Sólo has encontrado la mitad de la escena del crimen. Lo importante es la otra mitad, la escena primaria. Su casa. Es ahí donde estará el asesino. Y va a ser muy difícil encontrarla.

—¿Por qué crees que hay otra?

—Porque no disparó a la víctima en la tumba. Le disparó allí, en la escena primaria. Y seguramente es ahí donde tiene a la mujer. Estará bajo tierra, o en alguna zona desierta de la ciudad. O puede que ambas cosas... Porque, Banks —dijo adelantándose a la pregunta del joven detective—, no se arriesgaría a disparar a alguien y a mantener retenida a su víctima allí si no fuera un lugar muy tranquilo y privado.

—Puede que usara un silenciador.

—No había indicios de goma o de relleno de algodón en el proyectil —replicó Rhyme.

—Pero ¿cómo pudo el hombre ser asesinado en otro lugar? —preguntó Banks—. No había salpicaduras de sangre en la escena del crimen.

—Imagino que le disparó en la cara —anunció Rhyme.

—Pues sí —repuso Banks, esbozando una sonrisa estúpida—. ¿Cómo lo sabe?

—Una herida muy dolorosa, muy incapacitante, pero que produce muy poca sangre tratándose de un calibre treinta y dos. Raramente mortal si no se toca el cerebro. Estando la víctima en esas condiciones, el asesino pudo llevarla donde quiso. Y digo asesino en singular porque sólo hay uno.

Un silencio.

—Pero había dos pares de huellas —dijo Banks casi susurrando, como si estuviera desarticulando una mina terrestre.

Rhyme soltó un suspiro.

—Las suelas son idénticas. Las hizo el mismo hombre, recorriendo el mismo camino dos veces. Para despistarnos. Y las huellas que van hacia el norte son de la misma profundidad que las que van hacia el sur. ¿La víctima estaba descalza?

Banks hojeó sus notas.

—Sólo llevaba los calcetines.

—Muy bien, entonces el asesino se puso los zapatos de la víctima para dar su paseíto de ida y vuelta a la escalerilla.

—Si no bajó por la escalerilla, ¿cómo llegó hasta la tumba?

—Llevó a la víctima por las vías. Seguramente desde el norte.

—No hay ninguna otra escalerilla para bajar a las vías en varias manzanas, en ambas direcciones.

—Pero hay túneles que corren paralelos a las vías —prosiguió Rhyme—. Conectan con los sótanos de algunas de las viejas fábricas de la avenida Once. Un gánster, Owney Madden, los hizo excavar durante la Prohibición para colar cargamentos de whisky de contrabando en los trenes que salían de la Estación Central en dirección a Albany y Bridgeport.

—Pero ¿por qué no enterrar a la víctima cerca del túnel? ¿Por qué arriesgarse a cargar con ese tipo hasta el paso elevado?

Rhyme se impacientó:

—Te das cuenta de lo que intenta decirnos el asesino, ¿verdad?

Banks hizo amago de hablar y luego sacudió la cabeza.

—Tenía que poner el cuerpo donde se viera —explicó Rhyme—. Necesitaba que alguien lo encontrara. Por eso dejó la mano desenterrada. Nos está saludando. Para llamar nuestra atención. Lo lamento, puede que sólo haya un asesino, pero es muy listo: valea por dos. Hay una puerta de entrada a un túnel en algún lugar cercano. Bajad allí y buscad huellas. No habrá ninguna. Pero de todos modos tenéis que hacerlo. Por la prensa, claro. Cuando esto empiece a salir a la luz... En fin, buena suerte, caballeros. Ahora tenéis que perdonarme. ¿Lon?

—¿Sí?

—No te olvides de la escena primaria del crimen. Pase lo que pase, tendrás que encontrarla. Y de prisa.

—Gracias, Linc. Lee el informe.

Rhyme dijo que por supuesto y notó que se habían tragado la mentira.